

# D U E L O      N A C I O N A L

Así debe calificarse el horroroso accidente de aviación ocurrido en el páramo de "Los Torres" (Estado Trujillo) el 15 del pasado diciembre.

Ha sido el peor desastre aéreo hasta el presente en nuestro país.

En él perdieron la vida instantáneamente todos los tripulantes y pasajeros del bimotor YV-CAVU. De un total de 31 personas muertas, 27 eran jóvenes y niños estudiantes del Colegio "San José" de Mérida, y un estudiante universitario.

Ante una catástrofe de tales proporciones, y ante el dolor humano que hubo de desbordar la capacidad de los corazones aun más viriles y templados, pudimos observar cómo se despertó y vibró en su forma más generosa y espontánea el sentimiento colectivo del país. No sólo amigos y allegados de las víctimas y de sus consternados familiares, sino todo lo más sano de nuestra población, sin distinción de clases, se volcó unánime a expresar su condolencia y simpatía. Fueron millares incontables de todos los sectores de nuestro pueblo quienes sin advertir en horas o en distancias, hicieron acto de presencia tanto a la llegada impresionante de los féretros al aeropuerto de Caracas, como al día siguiente a la hora del cortejo fúnebre hasta el Cementerio.

Pero, fuera de esta nota que no podíamos pasar en silencio, porque es símbolo de la espontánea solidaridad humana y cristiana que, gracias a Dios, aún nos compacta como nación, hay otros aspectos singularmente consoladores y que encierran una palpable enseñanza que estaba latente, y que el riego de dolor y lágrimas ha hecho florecer en una forma que para algunos era casi insospechada.

Y sea lo primero, destacar la profunda y sincera reacción y conducta cristianísima de que dieron muestras inequívocas los padres, madres, hermanos y familiares más allegados de las víctimas, al conocer la durísima realidad de lo ocurrido. Entre las muestras irreprimibles y lícitas de acerbo dolor, pudo verse y oírse cómo desde el primer momento brotaron del corazón y de los labios de todos frases de conformidad cristiana, y de aceptación sumisa de las permisiones de Dios. Tan edificante actitud sólo era explicable sobre la base de una fe sólida, que nos enseña que la muerte es sólo el paso a una vida mejor, a la vida verdadera; y de una esperanza firme de llegar todos un día a unirnos en esa vida, prometida expresamente por Jesucristo a sus seguidores. Todos aquellos alumnos del Colegio "San José" acababan de confesar y comulgar, —sin imaginar que recibían su viático—, pocas horas antes de emprender un vuelo que los había de llevar hasta el mismo cielo. Esa fe y esa esperanza han dado temple de acero al cristiano espíritu de tantas y tan adoloridas familias.

Asímismo debe señalarse el espontáneo y unánime sentimiento de solidaridad y compactación en un mismo dolor, que ha identificado a los miembros de cada familia con los miembros de esa otra familia, extensión del hogar paterno, que es para todo alumno su Colegio. Directores, profesores, antiguos y actuales alumnos y amigos del Colegio,—tanto del San José de Mérida, como del San Ignacio, de Caracas—, todos formamos una sola alma, un solo corazón inmenso y adolorido, que vino como a asimilarse

y encerrar en su seno para identificarse con ellos, todos los corazones de los padres, madres, hermanos y allegados de los alumnos fallecidos. Los dos Colegios, con todo su personal, sintieron en carne propia la tragedia; compartimos hora a hora y minuto a minuto aquellos acerbos sufrimientos de los familiares de las víctimas; lloramos con ellos, y todos nos entregamos sin medida ni reparo a las variadísimas actividades que eran de urgencia durante aquellos largos días de consternación. Nadie escatimó esfuerzo ni sacrificio; porque aquellos alumnos fallecidos eran algo nuestro;; sus jóvenes vidas cortadas bruscamente en el páramo de "Los Torres" llevaban parte sustancial de nuestras vidas. En este segundo hogar que esos alumnos encontraron en su Colegio, les dimos no sólo enseñanza de unas cuantas materias frías de un programa, para prepararlos a un examen; lo que les dimos sobre todo fué aprecio por sus vidas, para hacérselas fructuosas en el porvenir; les dimos simpatía, compañerismo, interés por sus pequeños problemas, que para ellos eran grandes; les dimos afecto sincero con que les ganábamos el corazón, para así irles luego moldeando ese corazón y la voluntad en el camino del bien, y prepararlos a ser un día ciudadanos útiles a la Patria y cristianos sólidos y ejemplares. Todo eso era parte de nuestras vidas e ideales, y todo eso se nos fué sobre las alas de un avión trágico. Hogares y Colegios tenían razón en fundirse en un mismo dolor y lágrimas, ante la pérdida de algo tan suyo. Esta tragedia ha tenido el efecto de poner de relieve una nota sustancial, ---a veces poco abvertida o poco entendida---, de la vida de nuestros Colegios: que son éstos auténtica prolongación del hogar.

Por último, y como ejemplo típico que resume de manera admirable las virtudes de amor paternal, de sacrificio generoso, de comprensión y bondad a toda prueba, propias del educador católico, habrá de citarse durante muchos años en nuestra Patria el nombre del R. P. José M<sup>a</sup> Vélaz, S. J., Rector del Colegio San José de Mérida. Su temple de bien probado alpinista, sirvió a su inmenso corazón para encararse decidido con los rigores de un páramo inclemente e intraficable, y arrancarle de entre sus breñas, uno a uno, los cadáveres de sus queridos hijitos y colegiales. Fueron sus lágrimas las que primero recalentaron aquellos cuerpos emparamados, y sus ojos y manos los que los identificaron. Sólomente quien como el P. Vélaz ha consagrado su vida toda al bien de la juventud, y espera su recompensa de sólo Dios, tiene el temple de corazón necesario para el sacrificio y para el heroísmo. La virtud de la caridad y amor del prójimo en momentos de gran sacrificio sólo la ejercita quien lleva en su alma un gran amor de Dios, Esa es la vocación de todo educador católico; y llegada la ocasión se comporta a la altura de su sagrado deber, como en el caso presente.

Con estas líneas "SIC" expresa su más sentida condolencia ante este innegable duelo nacional.

P. P. B.